



Identidad

Ezequiel Navío

Muchas personas se preguntan qué está sucediendo en Lanzarote en los últimos años. Buscan, o buscamos, una explicación para entender cómo es posible que en apenas dos lustros la Isla conejera se haya transformado tanto, como otras tantas Islas de Canarias, en tantos ámbitos diferentes. De tiempos de emigración, de hambruna, de sequías y de penurias, se ha pasado a crecimientos económicos boyantes, a veces desproporcionados, que parecen haber borrado de un plumazo los duros recuerdos del pasado. Obviamente, las sociedades humanas deben y tienen que esforzarse por mejorar su calidad de vida y progresar con las tecnologías que se desarrollan para nuestro beneficio, pero sin perder de vista las lecciones otorgadas por la historia y sin caer en el extremo opuesto de la ostentación, el lucro por el lucro, el despilfarro económico y, en consecuencia, en el deterioro moral y humano.

Quizás deberíamos reflexionar seriamente sobre lo que ello supone para los habitantes de esta y otras islas. Culturalmente, abundan los ejemplos que, en forma de síntomas, muestran los efectos de un proceso de cambio tan súbito como difícil de asimilar. Ya no se ahorra agua, ni siquiera se consume con prudencia, se despilfarra a pesar de que Lanzarote continúa dependiendo del exterior para obtenerla: avanzamos hacia el “como se puede pagar, se puede derrochar”. La tradicional hospitalidad del oriundo lanzaroteño ha menguado en determinados sectores sociales para transformarse en

De tiempos de emigración, de hambruna, de sequías y de penurias, se ha pasado a crecimientos económicos boyantes, a veces, desproporcionados

*La inmigración
repercute en las
tradicionales
formas de vida
y en el entorno
ambiental de
los habitantes
de la Isla*

hostilidad hacia el foráneo, sobre todo hacia aquel que acude con los bolsillos vacíos, a ver qué encuentra en una geografía cuyos resortes empresariales y políticos, al mismo tiempo, demandan y promueven la arribada de miles de trabajadores de fuera para la construcción y para los sectores hosteleros. Lanzarote sigue de cerca a Fuerteventura, donde casi dos terceras partes de la población es, hoy día, foránea.

Debemos abrir los ojos y reaccionar, puesto que el impacto social de este proceso de cambio es impresionante. Desde una perspectiva positiva, el aumento del poder adquisitivo se traduce en mayores y mejores oportunidades para facilitar una más completa educación de los hijos, acceder a una calidad sanitaria inexistente hace tan sólo veinte o treinta años, disfrutar de una alimentación más diversa, conducir buenos y seguros vehículos, vivir con los instrumentos de trabajo y de ocio más actualizados del momento, etc.; pero, incluso en estos ámbitos, también existen elementos de colapso muy significativos. No sabemos con exactitud qué comemos, qué sustancias se han usado en la producción y conservación de los alimentos vegetales y animales que adquirimos, numerosos centros educativos y sanitarios están saturados, y el índice de tráfico y de siniestrabilidad de las carreteras lanzaroteñas, cada vez más rápidas, es realmente preocupante. A pesar de que dichos fenómenos representan sólo algunos ejemplos de lo que hoy acontece en Lanzarote, es evidente que responden a una cadena de resultados provocados por la distorsión de un desarrollo carente de planificación racional.

Los efectos se escapan de las manos de los propios artífices del proceso, incapaces de abordar la cuantía y gravedad de los nuevos conflictos. Como exponente álgido y actualizado tenemos la inmigración, un fenómeno que afecta ya a prácticamente todos los países de la Unión Europea, países que experimentan, como las Islas Canarias, fuertes crecimientos económicos. Sin duda, la llegada masiva a Lanzarote de personas procedentes de otras regiones de España o de Europa, o la inmigración protagonizada por ciudadanos del continente africano, repercute de forma muy notoria en las tradicionales formas de vida y en el entorno ambiental de los habitantes de la Isla, quizás, por su reducido espacio, con más ahínco que en otras regiones de la Europa política.

Sin embargo, las interpretaciones de su impacto difieren sustancialmente en el seno de la sociedad conejera. Algunos sectores optan por impedir la continuidad de las entradas foráneas argu-

mentando la desestabilización laboral, de seguridad, y de calidad de vida de los ciudadanos, y apuestan por soluciones de xenofobia encubierta y por expresiones democráticas cargadas de velado racismo. Otras entidades prefieren inclinarse por entender que este tipo de fenómenos deriva intrínsecamente de las dinámicas establecidas para fomentar el espectacular crecimiento turístico y económico, y que sólo abordando su configuración actual, propiciando expansiones y mantenimientos racionales y equilibrados, será posible atender con coherencia el crecimiento demográfico absoluto y el impacto que éste genera en la Isla.

Pero, en casi todos los casos y foros, en Lanzarote se habla mucho de identidad y de pérdida de identidad, y, desde luego, no sin razón. Ante este hecho, que resulta casi el epicentro de la crisis social que vive la Isla, debemos incidir sobre diferentes puntualizaciones.

Identidad responde al hecho de “ser una persona o cosa la misma que se supone o se busca, o igualdad que se verifica siempre, sea cual sea el valor de las variables que su expresión contiene”. Según esta definición, la identidad de un pueblo está significada por dos variables principales: en primer término, el contexto y la tradición histórica en sus actos pasados y presentes, costumbres y economías mantenidas a lo largo del tiempo y, en segundo término, el contexto geográfico y social con relación a las características de su entorno físico y de sus connotaciones raciales o etnográficas. Hablar de la identidad de un pueblo de occidente en el año 2001, como en este caso, Lanzarote, es hablar de un concepto cada vez más indefinido en tanto en cuanto las dos variables mencionadas han sufrido transformaciones intensas en el último siglo, y más acentuadas si cabe, en el último cuarto de siglo.

Este territorio de pequeñas dimensiones, limitado por el mar, sometido a sucesivos cambios sociológicos y etnográficos por la introducción de culturas foráneas, en ocasiones culturas impuestas por invasiones colonizadoras, propició mestizajes sistemáticos entre sus habitantes aborígenes durante decenas de generaciones, como sucedió en otras muchas regiones del planeta durante cientos de años. El fenómeno de la inmigración y de los emigrantes conejeros que dejaron la Isla para salir de la penuria, en etapas discontinuas de la historia en los últimos doscientos años, ha contribuido también a incrementar el grado de mestizaje no sólo racial, sino también cultural. Los habitantes de esta Isla, como los de muchas otras islas del planeta, son herederos y descendientes directos de culturas aborígenes afectadas por influjos franceses, italianos, ingleses,

Hablar de indentidad en un pueblo de occidente en el año 2001, es hablar de un concepto cada vez más indefinido

españoles, argelinos, portugueses y otras nacionalidades, también mezcladas en su origen, que impregnaron en cada momento su propia huella dinástica en el territorio. Los libros de historia son muy claros en este sentido.

Pero la evolución social y etnográfica no se detiene en este punto, ha continuado hasta nuestras fechas como ha continuado en miles de regiones de un planeta inevitablemente cada vez más multirracial. Las connotaciones de la sociedad de Lanzarote en el año 2001 se acercan cada vez más a las que caracterizan a mallorquines o levantinos, hawaianos o italianos. La globalización económica, a pesar de sus positivas características, tiende a desarraigar los valores culturales de una población concreta para transformarlos en clones mercantiles, como estereotipos predefinidos. La vestimenta de un australiano moderno no se diferencia de la de un conejero. La Coca Cola que bebe tampoco; los productos alimenticios que encontramos en los comercios asturianos provienen directa o indirectamente, y excepto en determinados y muy concretos casos, de las mismas multinacionales que a nosotros nos suministran, los vehículos que conducimos son de las mismas marcas y modelos, y la televisión que observamos y observan nuestros hijos repiten prácticamente la misma publicidad y programaciones que las de Arabia Saudí, Indonesia o Canadá, con una lengua distinta.

Los ordenadores con los que trabajamos son idénticos que los usados en Nueva York por miles de trabajadores americanos, los mismos que en Suecia y en Holanda. Las pastas italianas y la comida china son idénticas en Lanzarote y en Bretaña o Baviera, y las comodidades interiores de nuestras casas no distan mucho de las de los hogares de California, País Vasco o Bruselas.

Hasta el tabaco que fumamos, o los *hobbies* que practicamos, como el golf, el fútbol o el tenis, se tornan idénticos a los jugados en Tailandia o Escocia. La energía que consumimos se genera con petróleo, el mismo crudo que usan en el Ártico para desplazar las motos de nieve, o para fletar los aviones en Hong Kong. El papel de nuestras librerías, las radios que escuchamos, y hasta los dentífricos que usamos para nuestra boca son los mismos, los mismos, que los adquiridos por amas de casa en Grecia y Polonia. Los negocios y los sistemas bursátiles que hacen rugir el motor financiero de Lanzarote están cortados por el mismo patrón que los empresarios de Jamaica, Bali, Turquía y Argentina, los bancos aplican procesos similares de contabilización en los cuatro puntos cardinales del globo, y las subvenciones que recibimos provienen y dependen, en

Las connotaciones de la sociedad de Lanzarote hoy se acercan a las que caracterizan a mallorquines o levantinos, hawaianos o italianos

gran medida, de países distanciados por miles de kilómetros. Se sabe que, en ocasiones, las cebollas que compramos en los mercados de la Isla provienen de Israel o de Valencia, mucha sal proviene de la Península, el café de Latinoamérica, el cine, abundante música y numerosos espectáculos observados en la Isla provienen de fuera también.

Esta definición, patente y palpable con sólo salir a la calle, nos indica que somos ciudadanos del mundo, muy diferentes a los Yanomamis, Maoríes, Papúes o Masais, pueblos hoy en día más cerca de sus ancestrales vestimentas, gastronomías, ritos, religiones, armas, músicas y lenguas, que las de la mayor parte de los ciudadanos de todo el planeta.

Entonces, ¿qué elementos de diferenciación existen entre la identidad de una persona nacida en Lanzarote en el año 2000, y la de un majorero, un herreño, o un ciudadano de otra región con similares formas de vida a la que aquí se viven? Si analizamos los valores más tradicionales, como la gastronomía, vestimentas, o las actividades rurales o marineras que durante siglos dieron de comer a los antepasados isleños, observaremos sin dificultad que son hechos, desgraciadamente, cada vez más residuales, porque compiten con otros muchos que antes no existían. La agricultura retrocede, como todos los demás sectores, en favor del turismo. La pesca artesanal se mantiene, pero la sobreexplotación de este preciado recurso ha provocado alteraciones en el equilibrio de las especies litorales, y su importancia y dependencia, hoy en día, es menor que antaño; a pesar de obtener pescado para consumo interno, también se distribuye mucho pescado de fuera de Canarias. Por fortuna, el folklore y los deportes tradicionales de Lanzarote son quizás los que mejor conservan aún su identidad.

Las horas que invertimos en nuevas actividades profesionales, es decir, inexistentes hasta hace pocos años, o las horas que los jóvenes dedican a observar programas televisivos enviados por satélites que repiten la misma señal a decenas de países o regiones de España, superan cada día más, lamentablemente, a las horas que los jóvenes isleños invierten en actividades tradicionales o identificadas con la historia de la Isla.

En Lanzarote existen similares o idénticos conceptos que en otros puntos geográficos a la hora de asociar mensajes de calidad, estabilidad económica, objetivos profesionales, política, felicidad, bonanza y, más relevante aún, métodos y prácticas para alcanzarlos, que las de un alemán, un chileno o un inglés. La reivindicación

Los valores más destacados de esta tierra quedan supeditados al crecimiento de un modelo capital que aumenta la dependencia del exterior

*Quizás defender
la cultura de la
Isla sea
defender
aquello que
realmente
asienta su
economía
pasada,
presente y
futura: su
naturaleza*

de los valores tradicionales y de la cultura más intrínseca de Lanzarote, debe fomentarse mucho más y mejor, empezando por salvaguardar el castigado medio ambiente por encima de cualquier interés económico particular, formando a los jóvenes como futuros protectores de su tierra, y fomentando la búsqueda de fórmulas para mantener la actividad rural y marinera con elevados niveles de ingresos para sus productores. Por el momento, avanzamos sobre un camino contradictorio, donde los más destacados valores de esta tierra quedan supeditados al crecimiento de un modelo capital que aumenta la dependencia del exterior en detrimento de la autosuficiencia interior.

Y este tipo de modelo, especulativo, de dudosa ética, y que sin duda no llevará al conjunto de esta sociedad y de sus descendientes a ningún buen puerto, en términos de identidad, queda cojo cuando es promovido desde argumentos de índole nacionalista. Es absolutamente contradictorio, al menos en la actual coyuntura política.

Quizás la fórmula más apta para defender la cultura de la Isla sea defender aquello que realmente asienta su economía pasada, presente y futura: su naturaleza.